

de María y santificación de nuestras almas! Entonces viviremos en paz y amistad de Dios sobre la tierra, y esta amistad y esta paz dichosas serán la garantía de ver y gozar á este Señor y alabarle en los cielos en union de nuestra bendita y amorosa Madre por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON PARA EL DIA DOS.

Nada mas lamentable que el hombre en estado de pecado, pues revela la mas criminal malicia y la mas insigne locura.

Adeamus ergo fiducia ad thronum gratiae, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.

Lleguemos, pues, confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente.

EP. Á LOS HEB. IV, 16.

El profeta Jeremias, A. H. M., ha condensado en breves palabras la gravedad del pecado con relacion á Dios á quien ofendemos, la insuficiencia del pecado para saciar con él nuestros deseos, y las funestas consecuencias de ese mismo pecado. «Dos males hizo mi pueblo, dice el profeta hablando en nombre de Dios: me dejaron á mí que soy fuente de agua viva, origen de todo bien, y cavaron para sí aljibes, aljibes rotos que no pueden contener las aguas. Entiende y considera, pueblo ingrato, qué mala y amarga cosa es el haber dejado tú al Señor tu Dios, y el no haber en tí temor de mí, dice el Señor de los ejércitos. Desde el principio quebraste mi yugo, rompiste mis ataduras, mis sagrados mandamientos, y dijiste: No serviré al Señor, ni guardaré su ley: *non serviam*.

No es el pecado desgraciadamente la triste condicion de este ó de aquel pueblo, de esta ó de aquella generacion.

El hombre insensato, aturdido por sus malas pasiones, instigado por el espíritu del mal, y cansado del yugo suave de la ley santa del Señor, ha repetido en todas las edades y en todos los países esa frase de rebelion que echaba en cara á Israel el profeta de las Lamentaciones. Pero en nuestros dias de desventura y de funesta apostasia, esa palabra se repite en todos los tonos, y por todos los hombres, no parece sino que como en los dias de Noé «toda carne ha corrompido sus caminos.» El pecado ha llegado á entronizarse en las modernas sociedades, y el olvido de Dios, y el menosprecio de su ley inmaculada, y la infraccion de los venerandos preceptos de su Iglesia santa se dejan ver hoy con impudencia en todas las clases y en casi todos los individuos. Es, A. H. M., que el hombre de nuestro siglo, aleccionado en la escuela de una falsa filosofia, ha llegado á engreirse, y engreido con su engañosa ciencia, y agitado sin cesar por sus atrevidas aspiraciones de independenciam, creyendo que se eleva hasta tocar el cielo, ha descendido lastimosamente hasta el fondo de todas las miserias cometiendo el pecado, como una mujer perdida, valiéndome de la frase de Jeremias: *tu prosternebaris meretrix.*

En tal estado, A. H., los hombres no encuentran el contentamiento que apetecen, y «diciendo que tienen paz, no encuentran la paz: se han corrompido, y se han hecho abominables en sus deseos; quebranto y calamidad en los caminos de ellos, y no conocieron el camino de la paz, ni hay temor de Dios delante de sus ojos; no invocaron al Señor, y temblaron de miedo allí en donde no habia motivo de temor,» como dice el real profeta. De este modo el hombre, apartado de Dios voluntariamente por el pecado, siente un vacío inesplicable en su corazon que, no pudiéndolo llenar con sus miserables creaciones, lo hace harto desgraciado, experimentando anticipadamente los horrores de la desgracia eterna.

¡Cuántos auxilios necesita el pecador en situacion tan deplorable! porque «así como el sarmiento separado de la vid no puede llevar fruto, así nosotros no podemos producir frutos de santificacion si no permanecemos adheridos á Jesucristo nuestro Señor» por medio de su gracia, y por la observancia de sus divinos mandamientos. Hé aquí por qué yo os invito á que «nos acerquemos al trono de la gracia, que es María, y nos acerquemos confiadamente en este mes, especialmente consagrado á su culto, á fin de alcanzar misericordia, y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente:» *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Pues bien, A. H. M.; para alentarnos en este santo propósito, cuya realizacion ha de procurarnos una dicha inefable y duradera, hay necesidad de pensar seriamente en el estado del pecador para comprender toda la extension de su infortunio, y precavernos de tan triste situacion. Mis esfuerzos se dirigen en este dia á demostrar que nada hay mas lamentable que el hombre en estado de pecado, pues revela la mas criminal malicia que lo ha arrastrado á cometerlo, y la mas insigne locura permaneciendo en él.

La consideracion de esta importantísima verdad será el primer paso que debemos dar para enmendar nuestra vida, y haciéndolo así no dudemos que hemos de agradar á nuestra Madre Santísima María. Pidamos al cielo por la intercesion de esta Señora inmaculada, que jamás conoció el pecado, los auxilios que necesitamos, diciéndola devotos la saluacion angélica.

AVE MARÍA.

I.

¿Habeis pensado con seriedad, A. H. M., en lo que es el pecado, y principalmente el pecado mortal que nos aleja

de Dios? ¡Ah! el pecado mortal es una rebelion, una lamentable é insensata desobediencia á la ley divina en materia importante, y con perfecta advertencia del entendimiento, y con perfecto consentimiento de parte de la voluntad. Cuando esa desobediencia se ha consumado, siquiera sea interiormente, el cristiano se mira despojado del vestido nupcial de la gracia que tanto lo embellecia; se ve privado de todos aquellos títulos y gloriosas prerogativas que antes lo distinguian; su alma ha perdido toda su hermosura, y se ha desprendido de todas sus riquezas. El Espíritu Santo así nos lo ha dicho por el profeta Ezequiel: «Si el justo se desviare de su justicia, é hiciere maldad segun todas las abominaciones que suele hacer el impío, ¿por ventura vivirá? no se hará memoria de ninguna de las obras de justicia que él habia hecho, porque estas obras quedan mortificadas; por la prevaricacion con que prevaricó, y por su pecado que pecó, por ellos morirá:» *in prævaricatione, qua prævaricatus est, et in peccato suo, quod peccavit, in ipsis morietur*. Para llegar á tan deplorable estado que revela la mas criminal malicia, preciso es que meditemos quién es el ofendido por el pecado; quién lo ofende, y por qué se le ofende; deduciendo de todo esto la necesidad de buscar en nuestra Madre Santísima, refugio de pecadores, la gracia y la misericordia de que el Señor la ha hecho depositaria: *adeamus cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno*.

Con efecto, M. A. H.; imposible parece que el hombre se atreva á pecar sabiendo que ofende á Dios su criador y redentor, y sin embargo de que sabe que este Señor que domina en los cielos, en la tierra y hasta en los abismos lo ha sacado de la nada, engrandeciéndolo con tantas perfecciones, «hasta hacerlo poco menor que los ángeles, coronándolo de gloria y de honor,» él ha levantado su frente para desobedecerle, y ha repetido cien veces esta frase que revela

su punible altanería y su criminal malicia: Yo no ignoro que este Señor es el soberano legislador de todos los hombres; se que es «el rey inmortal de todos los siglos á quien solo se debe honor y gloria;» sin embargo, yo no quiero someterme á sus leyes, «ni tolero que reine sobre mí:» *nolumus hunc regnare super nos*; yo sacudo el yugo de sus mandamientos que se me hace insoportable, y declaro á la faz del mundo que «no quiero humillarme hasta servirle:» *non serviam*. ¡Desgraciado! Su soberbia lo lleva entonces á oponerse á las perfecciones de Dios procurando destruirlas. Porque el pecador, A. M., menosprecia con sus pecados aquella majestad infinita, único y purísimo manantial de todos los amores legítimos y santos, y que es la gloria de los elegidos; ultraja aquella santidad incomprendible que veneran todas las criaturas; abusa de aquella omnipotencia divina sirviéndose de su corazon para ofenderla; trastorna el órden de la sabiduría infinita de Dios que lo gobierna todo, y todo lo dirige á un recto fin; escarnece su inmensidad, pecando delante de sus purísimos ojos, y provoca con insolencia inaudita su divina justicia. Preciso es convenir en que obrando de esta manera el pecador es sobradamente despreciado, «porque grande es la malicia y crueldad de su culpa, ha dicho S. Bernardo, toda vez que desea destruir el poder, la justicia y la sabiduría de Dios:» *quæ Dei potentiam, justitiam, et sapientiam perire desiderat*.

Esa malicia, A. H., se demuestra evidentemente si atendemos á que el pecador ofende á Dios nuestro Redentor. ¡Ah! este Señor que se ofrece hostia y oblacion por nuestros pecados; que descende de lo mas alto de los cielos para subir al mas ignominioso de los patibulos por salvar al hombre que habia perecido, y que en ese patibulo sufre voluntariamente la muerte mas cruel y afrentosa, no es capaz de interesar el corazon del pecador. Asi es que mira á Jesus crucificado, contempla su cabeza taladrada de espinas, su

rostro divino escupido, oscurecidos sus hermosos ojos, descoyuntados sus brazos, sus manos y sus piés traspasados con duros clavos, rasgadas sus espaldas con azotes, y su costado abierto por una lanza, del que brota una sangre purísima que lo regenera y santifica, y él, sin embargo, en el exceso de su malicia, todo lo olvida, todo le es indiferente, y concurre con los verdugos de Jesús á acrecentar sus dolores y sus sufrimientos perpetrando el pecado.

¿Y quién es A. M., el hombre que de esta manera se atreve á insultar la infinita magestad de Dios? Respecto á su cuerpo, aunque nosotros lo ignorásemos nos lo dice el Génesis: «Acuerdate hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir.» ¡Ah! «toda carne, ha dicho Isaias, es heno, y toda su gloria como flor del campo. Se secó el heno, y cayó la flor porque el Espíritu del Señor sopló sobre él. Su vida es breve, añade Job, y está llena de muchas miserias» de necesidades imperiosas que le agitan, como son el hambre y el frío, las enfermedades y la pobreza, los dolores y los peligros de muerte, sin tener seguro un solo día de vida, de descanso y de salud, porque «milicia es la vida del hombre sobre la tierra, y como días de jornalero sus días:» *et sicut dies mercenarii dies ejus*. Respecto á su alma, por mas que otra cosa diga y blasone locamente de sus facultades, no encuentra en sí nada mas que errores en la inteligencia, degradacion en la voluntad, rebelion constante en sus apetitos, podredumbre y miseria en sus inclinaciones, «no es ni aun capaz de pensar algo bueno por sí mismo, porque su suficiencia viene de Dios, y sin Dios nada bueno puede hacer.» Pues este es el ser orgulloso que se subleva contra Dios, que lo insulta con el pecado, que provoca su santa indignacion, y que en las manifestaciones de su loca independencia, de esa autonomía que hoy tanto se ensalza, sacudiendo el yugo del Señor, repite en todos los tonos y por la mayor parte de los hombres esta palabra de rebelion que

desconoce el principio de la autoridad divina, origen de toda autoridad: «Subiré al cielo, á la mayor altura de magnitud y de gloria, sobre los astros de Dios ensalzaré mi trono, me sentaré en el monte del testamento, á los lados del aquilon, subiré sobre las alturas de las nubes, seré semejante al Altísimo:» *similis ero Altissimo*.

Llevado pues el hombre de la soberbia, «en la que, segun la expresion de Tobías, tuvo principio toda perdicion,» infringe la ley santa de Dios, peca, y en su pecado no encuentra la dicha que anhelaba; ha pospuesto la gloria y el amor de Dios, á quien tanto debe, á una satisfaccion brevísima, la mas ligera, y ¡cuántas veces la mas despreciable y vergonzosa! Su malicia al cometer el pecado lo lleva al mas alto grado de miseria y criminalidad; su situacion es harto grave para dejar de ser demasidamente lamentable. Yo emplazo á todos los pecadores de la tierra á este lugar sagrado para que me contradigan puesta la mano en su corazón. ¡Ah! ¿cómo me han de contradecir, A. H. M., si en cambio de la paz de la conciencia de que disfrutaba el pecador antes de serlo, solo encuentra en su corazón horribles angustias, terrores funestos, remordimientos espantosos y constantes que hacen su vida insoportable, «llegando por su pecado á hacerse contrario á Dios, y pesado para sí mismo:» *factus sum mihi melipsi gravis*? Recórrase y si no toda la escala de los pecados y de los vicios: la envidia y la soberbia; la vanagloria y la ambicion; la hipocresía y la impiedad; la venganza y la ira; la avaricia y la gula; la murmuracion y la mentira; la lascivia y la deshonestidad; la ociosidad y la pereza con todos los deleites y maldades que engendran: los artificios todos del demonio, del mundo y de malas pasiones para seducir al hombre con los espectáculos y los teatros, con el lujo y con los bailes, con las orgías mas escandalosas, y con los placeres mas refinados, y en todo ese cúmulo de miserias, yo os lo aseguro, A. M., no halla-

reis otra cosa mas que «vanidad de vanidades, todo vanidad y afliccion de espíritu.» En todo eso el pecador no se procura otra cosa que una sombra, un fantasma, la nada..... digo mal; despues de haber «deshonrado á Dios por un puñado de cebada, y por un pedazo de pan» á dicho de Ezequiel, se procura la muerte eterna, porque sabido es que S. Pablo ha dicho, que «los gajes del pecado, la recompensa de los que sirven al pecado es la muerte:» *Stipendia enim peccati, mors.*

Pues bien, A. H. M.; si tan triste y trascendental es la situacion del pecador adónde lo ha conducido su malicia quebrantando los divinos mandamientos, necesario absolutamente es que si hemos pecado, busquemos la misericordia y la gracia ahora que tenemos tiempo; y esa gracia y esa misericordia hemos de encontrarla en María que como Madre del amor hermoso y de la santa esperanza es el refugio de los pecadores. Lleguemos pues confiadamente á este trono de celestial clemencia, no solo para que nos alcance la gracia de librarnos del pecado que es una maldad, sino tambien para que nos ayude á salir del estado de pecado, cuya permanencia en él es la mas insigne locura: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

II.

¿Cómo llamaríais, A. M., al hombre que habiendo contraído una gravísima enfermedad permaneciera tranquilo sin buscar el oportuno remedio de su curacion, pudiendo fácilmente encontrarlo? Ese hombre gravemente enfermo ha venido á suma pobreza por hallarse en el lecho de los dolores; estos le atormentan estremadamente y á toda hora, y se halla en tanto riesgo de perder la vida que cada hora que tras-

curre le parece es la hora de su muerte, y sin embargo desdeña todo medicamento, vive tranquilo como si nada le sucediera, y pasa sus dias en indolente seguridad. Este hombre ¿cómo debe llamarse? no otra cosa que un insensato. Pues con este epíteto designa el Espíritu Santo al pecador que se burla de su deplorable estado porque ha llegado á tener cauterizada su conciencia. «El necio se mofará del pecado,» leemos en el libro sagrado de los Proverbios: *stultus illudet peccatum.*

El pecador, M. A. H., no lo dudemos, es tambien un desgraciado enfermo que, á consecuencia de las culpas que ha cometido, ha llegado por esta enfermedad moral á empobrecerse, y tanto que ha perdido todas las riquezas espirituales que poseia: *egressus est á filia Sion omnis decor ejus.* Él ha perdido los verdaderos bienes luego que cometió un solo pecado mortal: la gracia santificante que enriquecia su alma con sus inefables carismas y riquísimos dones huyó de ella lanzada por el pecado, porque escrito está que «no puede haber concordia entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad, entre Cristo y Beliad.» La esperanza de conseguir el cielo, que como un bálsamo suavísimo mitiga los dolores de nuestro atribulado corazon durante nuestra destierro en el valle de las lágrimas, ya no derrama sus purísimas consolaciones en el corazon del pecador, cuyo lamentable estado le hace comprender que está despedido de la gloria, llegando muchas veces á tocar los lindes de la desesperacion, hasta repetir estas palabras horribles del fratricida Cain que jamás debieran manchar sus lábios: «Mayor es mi maldad que la inmensa bondad de Dios:» *major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.* Aquel rico caudal de buenas obras que habia atesorado antes de cometer su pecado lo ha perdido en un solo momento. Así es que «supóngase, diré con un célebre escritor, que una persona que por espacio de veinte y cuatro años practicó las austerida-